

juicio en qué consiste que pueda ser correcto, tampoco hemos mostrado que haya sido expresado contenido alguno.

Hallamos, pues, en este libro un excelente mapa de las posiciones teóricas que el pensamiento wittgensteiniano permite explicitar en relación con el autoconocimiento; hallamos también una interesante caracterización en términos de condiciones de inteligibilidad de divisas expresivas humanas y no humanas. Sin embargo, parece quedar aún pendiente la tarea de mostrar cómo es que tales divisas expresivas están en condiciones de expresar algo que pudiéramos llamar genuinamente conocimiento.

Un párrafo aparte merece el logrado trabajo de traducción. El texto fluye y se muestra vivo a los ojos del lector, la traducción es precisa, cuidada y con importantes hallazgos idiomáticos en nuestra lengua para expresiones en inglés, cuyas traducciones habituales en uso no eran del todo felices.

*Diego Lawler (CONICET-SADAF)*  
Güemes 3513, 3 piso  
(1425) Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires, Argentina  
E-mail: [diego.lawler@gmail.com](mailto:diego.lawler@gmail.com)

*Glenda Satne (CONICET-UBA)*  
Pedro del Castillo 824  
(1414) Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires, Argentina  
E-mail: [glendasatne@gmail.com](mailto:glendasatne@gmail.com)

*Historia cultural del dolor*, de JAVIER MOSCOSO, MADRID: TAURUS, 2011, 383 páginas.

Cuando en el año 2009 la revista *Isis* dedicaba un número especial dedicado a la economía emocional de la ciencia, se estaba señalando un punto de inflexión en los estudios culturales que pasaban de centrarse en el análisis de virtudes epistémicas como la objetividad para examinar los modos históricos en los que la subjetividad había contribuido a constituir la experiencia comprendida no sólo como un modo de conocimiento científico, sino como un modo de conferir un significado a la vivencia en el que se daba cabida a las emociones [White (2009), pp. 792-797]. Esta nueva manera de hacer historia, que ha sido denominada en algunas ocasiones como *historia interior* y, en otras, *historia de las emociones*, pretende desarrollar una visión crítica frente a las explicaciones ofrecidas por la neurociencia y la psicología evolutiva con el objetivo de mostrar cómo nuestros sentimientos, pasiones y afectos, así como las diferentes maneras de expresarlos, no están exclusivamente determinados por la psicología profunda o la biología sino que se trata de “construcciones históricas contingentes”, entre las que se incluye nuestra creencia contemporánea “en el poder de ciertas entidades invisibles e involuntarias a las que llamamos emociones”. De ahí que este programa de investigación requiera llevar a cabo un esfuerzo imaginativo suplementario ya que, al inten-

tar comprender las representaciones culturales de los hombres del pasado, estamos al mismo tiempo “desestabilizando el presente”, es decir, estamos reconociendo que nuestra manera de sentir el amor, el odio o el resentimiento no es en ningún caso una constante universal [Jones (2012), pp.1-2].

Entre las contribuciones más destacadas de este giro afectivo que ha transformado por completo el horizonte de sentido de los estudios culturales de la ciencia hemos de citar *Matters of the Heart* (2010) de Fay Bound Alberti, “Feeling the Blush: Seeing Emotions” (2011) de Otniel Dror y la *Historia cultural del dolor* (2011) de Javier Moscoso cuya aparición en castellano ha contribuido de una manera especialmente significativa a la divulgación de los estudios emocionales en el panorama académico hispanohablante, sin olvidar el impacto internacional de su edición inglesa que acaba de ser publicada en *Palgrave Macmillan*. No es sorprendente que Moscoso haya escogido un tema como el dolor para escribir un libro cuyo objetivo se fija en esclarecer su historia; una historia que se cuenta mucho tiempo antes de que esta experiencia se convirtiese en objeto científico, ya que no se considera un relato finalista orientado por “la objetivación progresiva de la experiencia subjetiva” sino, por el contrario, “una aproximación holística que reconoce la subjetividad de la experiencia como un hecho objetivo de la cultura” [Moscoso (2011), p. 18].

De hecho, algunos de los trabajos de investigación previos del autor como “Objetividad y medida de la experiencia subjetiva consciente”, “Dolor privado, sensibilidad pública” y “Realidad o elaboración de la enfermedad mental”, ya se habían centrado en torno a problemas como la posibilidad de desarrollar una ciencia objetiva de la experiencia subjetiva en la fisiología y la psicología experimental de la segunda parte del siglo XIX, la construcción del dolor como un objeto científico donde convergen otros discursos como el derecho o la economía en la Francia ilustrada o sobre la explicación de la aparición de patologías mentales transitorias como construcciones sociales “ligadas a regiones espacio-temporales específicas” [Moscoso (2001), p.135]. En este sentido, *La Historia cultural del dolor* reformula los intereses que han acompañado a su autor a lo largo de su carrera investigadora como una apuesta firme por desentrañar los elementos comunes de la historia de la experiencia lesiva –de aquello que se considera como propio pero que, a la vez, compartimos todos– a través del desarrollo de las formas históricas que le han proporcionado una visibilidad colectiva.

La epistemología histórica aporta a Moscoso la herramienta para detectar los procedimientos retóricos que han sido utilizados para generar convicción pública del sufrimiento, es decir, los tópicos mediante los que hemos articulado la experiencia del daño como una verdad intersubjetiva y que además, ayudan al autor a estructurar los diferentes capítulos de su obra. La representación, la imitación, la simpatía, la adecuación, la confianza, la narrativa, la coherencia y la reiteración son los lugares comunes que Moscoso define para dotar a la experiencia del daño de un significado que no se en-

cuentra limitado a su tratamiento en la medicina, sino que requiere establecer un diálogo con otros aspectos de la cultura como el arte, la filosofía moral, la jurisprudencia, la literatura sadomasoquista o los manuales destinados a la práctica bélica. Si tenemos en cuenta otras historias del dolor como el detallado trabajo realizado por Roselyne Rey que analiza “el modo en el que los médicos, los fisiólogos, los neurólogos han intentado comprender el mecanismo del dolor a través de la historia” [Rey (1993), p.7], el objetivo de Moscoso se muestra mucho más ambicioso ya que pretende combinar tanto aspectos científicos como artísticos para ofrecer una visión de las formas aprendidas y los elementos constantes de un viaje por la senda del sufrimiento humano, que recorre más de quinientos años. Incluso, cuando se trata de analizar documentos de carácter íntimo como los diarios o las autobiografías –señala el autor–, éstos revelan una estructura semejante orientada por “un deseo de trascender la propia perspectiva, de buscar consuelo en la compañía mutua” [Moscoso (2011), p.17].

De manera consecuente con su planteamiento, Moscoso recaba las experiencias sobre las que versa este drama de los retablos que representan la violencia física extrema sufrida por las vírgenes mártires inexpresivas como Santa Marina, las dramatizaciones del martirio representadas en las comedias de santos o los grabados del inglés Richard Rowlands retratando las escenas atroces de las guerras de religión en la Europa del Renacimiento, que ilustran cómo la tortura se convirtió en un instrumento político para la conversión a la fe católica. Mientras estos motivos inspiran la reflexión del autor en torno a la representación de la violencia en el primer capítulo, la narración de los sufrimientos de *Don Quijote de la Mancha* le sirven para introducir en el segundo, la discusión sobre la fractura que se abre entre el lenguaje y el mundo con la llegada de la Modernidad y la creación de ese espacio intermedio donde se sitúa la experiencia del daño: el de las sensaciones invisibles. Con el caballero de la triste figura, “la escritura y las cosas ya no se asemejan” [Foucault (2011), p. 55] y el dolor se entiende como la respuesta fisiológica al quebranto del cuerpo, una experiencia literaria que remite a heridas reales pero que está creada por seres imaginarios y que revela una transformación perceptiva del dolor. Moscoso interpreta el sufrimiento del hidalgo manchego como una consecuencia del encantamiento del mundo, un proceso que transformó dolores reales en realidades invisibles y que, de esta manera, asumía el sufrimiento como un elemento inevitable de la existencia humana; tan inevitable como que “hay cosas que se sienten mejor que se dicen” [Cervantes (1771), p. 87].

El tercer capítulo nos invita, en cambio, a mirar el dolor desde una cierta distancia, una postura que ya había quedado esbozada en el estudio de Luc Boltanski sobre la tensión establecida entre la moral humanitaria y el espectáculo del sufrimiento articulado por los medios de comunicación de masas. Desde este punto de vista, que es propio del espectador y que se encuentra representado en el discurso de la filosofía moral de Adam Smith, Moscoso ex-

pone un elaborado argumento para demostrar cómo la empatía por el dolor ajeno ha sentado las bases de nuestra comprensión de la filantropía, la estética o la política. Como sabemos gracias a los trabajos del historiador Georges S. Rousseau, la simpatía no es sólo una cuestión de mera sensibilidad moral, sino de fibras y de nervios, cuyo estudio anatómico y fisiológico a lo largo del siglo XVIII conllevó no sólo la aparición de la literatura sentimental, sino que –como apunta Moscoso– sentó las bases de un pacto político emocional a través de una disposición fisiológica común de los tejidos orgánicos. De acuerdo al surgimiento de esta cultura de la sensibilidad, el autor deduce una interpretación sumamente original de la reforma penal llevada a cabo a finales del siglo XVIII que incitará replazar el castigo físico del reo por un castigo perpetrado en la imaginación de los testigos que, desde entonces, ya no miden la pena infligida en función de la magnitud del delito.

Mientras la Ilustración promovió una nueva política de las pasiones sociales que intentaba evitar toda conducta proclive a la expresividad desmesurada del sufrimiento, el siglo XIX es para Moscoso “el siglo del dolor”, un momento histórico en el que esta experiencia emocional se convirtió en objeto de indagación epistemológica en los trabajos de fisiólogos como Xavier Bichat, Francois Magendie o Claude Bernard cuyo objetivo fue establecer los signos de la experiencia lesiva [Moscoso (2011), p. 117]. Así, el capítulo cuarto permite al autor traer a colación el debate histórico generado sobre el uso de la anestesia en ámbitos como la obstetricia y la odontología, que planteó no sólo el problema de la desconfianza de los médicos frente a la introducción del éter o del cloroformo, sino del paciente frente al quehacer del cirujano y más allá, de la sociedad frente a una imagen renovada del dolor, que dejaba de ser percibido como un castigo necesario de Dios para ser combatido como un sufrimiento innecesario de la humanidad. En contraste con otros trabajos que han señalado “el olvido del sufrimiento del paciente” como una característica de la medicina del siglo XIX, la riqueza del libro de Moscoso reside en mostrarnos cómo en esta época también surgió una cierta fascinación por comprender el dolor psicológico del sujeto: tanto aquel dolor del que no se guardaba recuerdo –el inconsciente– como del que, a pesar de ser consciente, no remitía a una lesión orgánica visible [Corbin, Courtine, Vigarello (2011), p. 26]. El estudio de estas entidades elusivas, que ocupa tanto el capítulo quinto como el séptimo de este libro, requirió una revaluación de las formas retóricas en la práctica médica con el fin de otorgar certeza a estos síntomas del enfermo de acuerdo a la coherencia argumentativa de su relato, que medía el dolor no en relación a los signos del cuerpo sino a la temporalidad.

La narratividad de la experiencia lesiva no sólo se hace visible a través del estudio de historias clínicas, sino mediante un análisis de la biografía cultural de los objetos que adquieren el estatus de “metáforas solidas” en las que se encuentran inscritos estados emocionales, como el placer o el dolor [Moscoso (2011), p. 202]. Desde la mirada sadomasoquista, tanto las fotografías

del antropólogo Edwin Michel Fallaize como otros instrumentos destinados a suscitar el placer a través de la dramatización de la tortura se desvelan como ejemplos de cómo el espectáculo del sufrimiento se convirtió en un objeto específico de consumo erótico en la cultura europea de finales del siglo XIX. Para concluir su reflexión acerca de las formas colectivas de la experiencia lesiva, Moscoso nos invita a viajar desde los espacios privados donde acontecían estos oscuros deseos –como los conventos en los que se ambientaba el capítulo sexto– hasta las profundidades del infierno: la metáfora del dolor crónico intratable que viene marcado por la reiteración del sufrimiento agudo del paciente y cuyo análisis ocupa el capítulo final de este libro.

A pesar de la proliferación de clasificaciones médicas para controlar de manera victoriosa los dolores vigentes, el autor no considera que la historia del dolor implique una lectura progresiva sino sinuosa, que cristaliza “las manifestaciones culturales de nuestra experiencia pretérita”. Por esto, Moscoso entiende la historia de las emociones como un ejercicio intelectual, moral y político que pretende poner de manifiesto los elementos a través de que ha transcurrido el flujo de la vida hasta llegar hasta nuestro presente [Moscoso (2011), p. 312]. Estos elementos emocionales –señala el autor en un epílogo, que atañe a un dolor muy nuestro y, a la vez, muy personal pues se trata de la única experiencia autobiográfica incluida en esta obra– no sólo se encuentran inscritos en el corazón de las teorías médicas, las obras de arte o los códigos penales, sino que también recorren las hojas de un cuaderno de dibujos realizado por un joven marino llamado Luis Sarabia, cuando fue movilizado para luchar por el gobierno de la II República durante la Guerra civil española.

*Dolores Martín Moruno*  
*Institut d'histoire de la médecine et de la santé*  
*Université de Genève*  
*Villa Thury, Chemin Thury 8,*  
*1206 Genève, Suiza*  
*E-mail: dolores.martinmoruno@unige.ch*

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOLTANSKI, L. (1993), *La Souffrance à distance: morale humanitaire, médias et politique*, Paris, Editions Métailié.
- BOUND ALBERTI, F. (2010), *Matters of the Heart. History, Medicine and Emotion*, Oxford, Oxford University Press.
- CERVANTES SAAVEDRA, M. (1771), *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid, J Ibarra.
- CORBIN, A. COURTINE, y J.-J. VIGARELLO, G. (2005), *Histoire du corps, De la Révolution à la Grande Guerre*, vol. 2. Paris, Seuil.

- DROR, O. (2011), 'Feeling the Blush: Seeing Emotions'; en Daston, L. y Lunbeck, E. (eds.), *Histories of Scientific Observation*, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 326-349.
- FOUCAULT, M. (1989), *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires: Teoría.
- JONES, C. (2012), 'The Emotional Turn in the History of Medicine and the View from the Queen Mary University of London', *Social History of Medicine*, Virtual Issue: Emotions, Health, and Well-Being [[http://www.oxfordjournals.org/our\\_journals/sochis/what\\_is\\_the\\_history\\_of\\_emotions.pdf](http://www.oxfordjournals.org/our_journals/sochis/what_is_the_history_of_emotions.pdf)]
- MOSCO, J. (2001), 'Objetividad y medida de la experiencia subjetiva consciente', *Daimon: Revista de filosofía*, 24, pp. 127-137.
- (2001), 'Realidad o elaboración de la enfermedad mental', *Frenia*, vol. I-2, pp. 131-144.
- (2003), 'Dolor privado, sensibilidad pública' en Barona Vilar, J. L., Moscoso, J. Pimentel, J. (eds.) *La Ilustración y las Ciencias. Para una historia de la objetividad*, Universitat de València, pp. 137-155.
- REY, R. (1993), *Histoire de la douleur*, Paris, La Découverte.
- ROUSSEAU, G. (2004) *Nervous Acts: Essays on Literature, Culture, and Sensibility*, Londres, Palgrave Macmillan
- WHITE, P. (2009), 'Focus: The Emotional Economy of Science', *Isis*, vol. 100, n°4, pp. 792-797.